

Un príncipe de gracia y granito

Consorte imprevisto y cómplice, el duque jugó un importante papel en el éxito de la era isabelina

INIGO GURRUCHAGA

LONDRES. Felipe de Edimburgo activaba el lado más alegre de la rigurosa Isabel, según quienes les han conocido en la intimidad. Pero era llamativo que a sus 97 años retuviese la capacidad de parecerle gracioso a su mujer, que tenía entonces 91. La longevidad de la pareja real británica, gestos visibles de armonía entre ambos y el reinado duradero y estable de Isabel II han estimulado a los británicos a percibir que en la cumbre de su monarquía hay vidas bien vividas.

Nació el 10 de junio de 1921 en la cocina de la casa familiar, Mon Repos, en la isla de Corfú. Cuando

cumplió un año, era un refugiado en París. Su padre, el príncipe Andrés de Grecia, estuvo a punto de ser fusilado tras un golpe militar y su mujer, la princesa Alicia, y sus cinco hijos fueron evacuados por un barco británico. La madre sufrió un colapso en un historial de quebradiza salud mental y el padre los abandonó. Pero el niño Felipe tenía buenas conexiones.

Por parte de la familia paterna descendía de las familias reales griega y danesa. La madre era descendiente directa de la reina Victoria. En la vivienda parisina ofrecida por su tía danesa, él y sus cuatro hermanas tenían una gobernanta inglesa, que le habría inculcado un sentido de la cortesía no siempre pulido. El humor lo habría heredado de su padre, golfo y despilfarrador, pero con reputación de ser muy gracioso.

Sus hermanas se casaron con aristócratas alemanes y eso creó

problemas por las simpatías nazis de algunos cónyuges, pero Felipe se educó brevemente en Alemania en la escuela fundada por un pedagogo judío, Kurt Hahn, y partió hacia Inglaterra, donde le acogió su tío, Louis Mountbatten. En realidad se apellidaba Battenberg, pero tuvieron que adoptar algo más inglés en la Primera Guerra Mundial.

Mountbatten incitó a su sobrino a entrar en la Academia Naval de Dartmouth y, en el curso de una

LA CLAVE

PADRE RIGUROSO

Conocido por su sentido del humor y su lealtad a la Corona, no asistió, sin embargo, al enlace civil de su hijo Carlos y Camila

visita de la familia real, el joven cadete, Felipe de Grecia, de 18 años, contó chistes, comió como un lobo, saltó una red de tenis varias veces y fue el último en dejar de remar en su bote entre los que despedían la estela del yate real.

Isabel, la niña metódica y obediente, tenía trece años y quedó prendada ante las proezas del joven marino. Se casaron ocho años después, con dudas entre los cortesanos sobre la conveniencia del matrimonio de la futura reina con un príncipe pobre que no parecía tener «filtro entre su cerebro y su boca». Mountbatten, último virrey de India, jefe de Estado Mayor de la Royal Navy y de la Defensa, sufrió el desaire de ver que su apellido prestado no quedaría inscrito en la genealogía de la monarquía. Los hijos de Isabel y Felipe Mountbatten, antes príncipe de la casa Glücksburg, serían Windsor.

Y, cuando falleció el padre de 'Lilibet', Jorge VI, en 1952, Felipe de Edimburgo tuvo que abandonar la Armada, que le había condecorado por su papel en un episodio de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico, y convertirse en el hombre que sigue a la monarca dos pasos por detrás en una cadena de actos protocolarios. Se había convertido en una «ameba», según su amarga descripción.

Se achaca al príncipe consorte un impulso para modernizar también la monarquía, como sustituir la presentación de las debutantes ante la corte por recepciones anuales en los jardines del Palacio de Buckingham, donde llegan a congregarse 30.000 invitados en tres días; representantes de una variedad de estamentos, desde militares a miembros de organizaciones be-

néficas. También promovió la apertura inicial a los nuevos medios de comunicación.

Son célebres sus meteduras de pata. «¿Estáis huyendo de algo?», preguntó a un grupo de británicos en Abu Dhabi. Al presidente de Nigeria, Olusegun Obasanjo, ataviado con la 'agbada' —la vestimenta nacional de gala—, le preguntó si estaba ya vestido para irse a la cama. Pero la disciplina que ha demostrado a lo largo de su vida se achaca a un carácter forjado por la experiencia de la guerra.

Duro con su hijo Carlos

Felipe de Edimburgo fue un aficionado al deporte y prolífico patrón de asociaciones benéficas. Promotor también de unos premios que llevan su nombre a jóvenes que cumplen retos diversos, fue un padre difícil para su hijo mayor, el príncipe Carlos, percibido por sus progenitores como demasiado sensible. Felipe insistió en que, para endurecer su carácter, fuese en régimen de internado a la escuela fundada por Hahn en Escocia, Gordonstoun, donde él también se educó. El vigor espartano inculcado mediante la austeridad y la superación de retos físicos y mentales era la divisa de una educación que causó pena en el heredero, herido también por la parquedad de su padre.

En la fase final de esta era isabelina, los Windsor sufrieron el trauma del divorcio de Carlos y Diana —Felipe no acudió a la ceremonia civil del matrimonio de su hijo con Camila, duquesa de Cornwall— y ahora quedan entristecidos por la marcha de Enrique y Meghan Markle. La familia es sacudida también por revelaciones escabrosas sobre las relaciones del príncipe Andrés con adolescentes.

Carlos, príncipe de Gales, espera a sus 72 años a poner su sello personal en el ejercicio de un reinado funcional para el siglo XXI.

MÁS ALLÁ DE LA
ECONOMÍA CIRCULAR

PUNTO DE ENCUENTRO PARA EL DESARROLLO DE INICIATIVAS QUE GENEREN
VALOR, HUMANIDAD, RESPONSABILIDAD Y COMPETENCIA



**Jueves
15 ABRIL
10 H**

Apertura de puertas 9.30 H

FUNDACIÓN
MEDITERRANEO
Escultor Nicolás Salas, 7
MURCIA

Más información e inscripciones
on-line y presenciales en
eventos.laverdad.es

LIVE
STREAMING
+
PRESENCIAL
(APORTE REDUCIDO)

ORGANIZAN **LA VERDAD**

PATROCINA **MERCADONA**
COMUNICACIÓN DE COMPAÑÍA

FUNDACIÓN **MEDITERRANEO**



La pareja real posa en el día de su boda, en 1947. AFP